

# **Cartas a Graciuelita**

Mi hermana, víctima del terrorismo de Estado

Pane, Liliana Lucia

Cartas a Graciela : mi hermana, víctima del terrorismo de estado / Liliana Lucia Pane. - 1a ed. - Bernal : Liliana Lucia Pane, 2022.

64 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-88-2650-9

1. Terrorismo de Estado. I. Título.

CDD 303.625

Edición: Oscar Finkelstein

Diseño de portada, interiores y armado: Tomás Caramella

© Liliana Lucía Pane

Reservados todos los derechos de esta edición

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin  
permiso escrito del editor

1ra edición: diciembre de 2021

ISBN 978-987-88-2650-9

Lina Avellaneda

# **Cartas a Graciuelita**

Mi hermana, víctima del terrorismo de Estado

Prólogo de **Taty Almeida**



BUSTO QUE ESTÁ EN DOS PLAZAS, HECHOS  
POR PATRICIA GARCÍA

# Prólogo

Mi querida Liliana, quisiera destacar que tu libro ya no es un intento. Es una realidad que dejará la huella de tu hermana en la Memoria. Tu empeño al conservar tan claros los momentos de esa niñez y adolescencia que finalmente pudiste describir, los maravillosos sucesos compartidos y también los claroscuros.

El valor de dar testimonio a pesar de saber (que algunos miraron para otro lado) y sufrir la falta de respuestas al soportar el dolor por una detención y asesinato que aún no encuentra justicia.

“Gracielita” es una estudiante y militante barrial que vive hoy en las luchas de esa juventud comprometida y solidaria, en los transeúntes que caminan las calles con su nombre, en las juntadas de la UTN o en los recreos de los jóvenes que asisten a la escuela que lleva su nombre; en los murales y placas que recuerdan a los militantes populares asesinados, detenidos y desaparecidos por el terrorismo de Estado.

Y por supuesto que algo habrán hecho, no se los llevaron ni por estúpidos ni por perejiles: eran militantes políticos. Y porque política es la vida, la vida siguió y un día nuevamente nació la esperanza, con ese otro hijo que para nosotras, las Madres, fue Néstor Kirchner, quien después de pedir perdón en nombre del Estado, derogó las leyes de impunidad y tomó a los Derechos Humanos como política estatal.

Por eso es importante continuar la lucha por justicia legal, jamás por mano propia, llegue cuando llegue, pero con la firmeza de saber

que no somos igual que los genocidas y que los delitos de lesa humanidad no quedarán impunes.

Este libro es una muestra más de nuestra lucha por la verdad y contra el olvido. Y, como bien decís, entre Graciela y vos “siempre habrá una ternura inmensa que durará toda la vida” y pienso que también se proyecta más allá de nosotros.

**Taty Almeida**

Madre de Plaza de Mayo Línea Fundadora

# Cartas a Gracielita

*Este libro se llama así porque justamente así te llamaba mamá. Quizás en vida alguna vez no lo haya hecho y te haya nombrado Graciela, sin diminutivo, pero definitivamente desde tu muerte fuiste Gracielita para la Vieja durante todos los años en que luchó por sobrevivirte. En cierta manera es un homenaje también a ella.*

# Un nombre para nuestra escuela secundaria

Graciela Carmen Pane: nombre que comenzó a pronunciarse en las aulas en el año 2015, como una de las propuestas para la denominación de Nuestra Escuela Secundaria N° 28 ubicada en Villa Domínico, Avellaneda.

Graciela Carmen Pane: historia de vida que comenzó a leerse en carpetas, afiches e investigaciones realizadas por estudiantes y docentes, analizando que los temas a abordar desde la currícula son tangibles en lo cotidiano, son palpables cuando buceamos los hechos que acontecieron en nuestro municipio y que Graciela nos llevó a otras tantas personas que también sufrieron la represión, encarcelamiento y desaparición.

Graciela Carmen Pane: fue el informe afirmativo por Resolución Ministerial a partir de la elección realizada el 4 de noviembre de 2015 por nuestra Comunidad Educativa.

Su nombre comenzó a multiplicarse desde el inicio de la propuesta, su historia a ser aún más conocida. Los y las estudiantes elaboraron videos documentales socializando las producciones, que se realizaron cursando la materia Construcción de la Ciudadanía, con el acompañamiento de la profesora Valeria Culaciati –ya que dicha asignatura se cursa en la U.T.N en un Programa que realiza extensión comunitaria UTN-FRA.

La historia de Graciela Pane fue llevada al programa Jóvenes y Memoria desarrollado en Chapadmalal. También se proyectó material audiovisual en el Centro Cultural San Martín –C.A.B.A.–, en el Programa de Educación Audiovisual denominado *Hacelo corto*, entre otros lugares. Dentro del campo de investigación, no puedo dejar de compartir la experiencia vivida en la salida realizada al Parque de la Memoria-Monumento a las Víctimas del terrorismo de Estado –C.A.B.A.– donde en esos muros los y las estudiantes identificaron a Graciela Pane. Allí estaba tallado su nombre y la edad que tenía cuando fue secuestrada... 23 años, no era solo un recuerdo, no era solo un homenaje... era vivenciarlo tomando conciencia como sujetos históricos, condición imprescindible para los cambios sociales, comprendiendo el horror cometido por el Estado y la necesidad de velar porque NUNCA MÁS se repita.

Otra experiencia que quedará por siempre en la memoria es ver a los y las estudiantes escuchando el testimonio que nos compartió su hermana Liliana. Allí, en ese encuentro, las fotos de Graciela, como sus boletines y libretas universitarias comenzaron a ser observadas por todos/as los/as presentes. Hubo quienes se detuvieron en alguna foto, o preguntaron, o simplemente acompañaron en un sentido silencio. El compromiso de Graciela fue para con los derechos de los estudiantes, primero cursando la secundaria y luego en las facultades, defendiendo la Educación Pública, con una mirada puesta en cambiar las injusticias y la necesidad de comprometerse colectivamente para ello.

A Graciela Pane le arrebataron su vida, sus sueños... En uno de sus poemas, titulado *Agonía*, expresa:

Entre los dedos llegando al mediodía  
y haciendo figurillas con los rayos

sobre la brisa inquieta  
y con los pies alados  
y sorteando amarguras y alegrías  
con los ojos vendados...

Estos versos nos conducen a imaginar el encierro forzado y el anhelo de libertad. Desde las escuelas es fundamental seguir fortaleciendo los hábitos democráticos: el intercambio de ideas, la visibilización de la diversidad para enriquecer los aprendizajes, haciendo hincapié en el ejercicio de los derechos, poniendo en práctica la solidaridad, comprendiendo que todo esto nada tiene que ver con conductas totalitarias. Mantener vigente la consigna Nunca Más es ejercitar la Memoria. Graciela Carmen Pane fue elegida y su Memoria estará presente por siempre en nuestra Escuela Secundaria.

Evangelina Pizzinini, Profesora de Construcción  
de la Ciudadanía e Historia

## Como Centro de Estudiantes “Claudia Falcone” de la escuela E.E.S. N° 28, “Graciela C. Pane”, queremos compartir la historia del nombre de nuestra escuela

Por allá en el año 2015, la profesora de Construcción de La Ciudadanía, Evangelina Pizzininni, trabajaba desde la materia contenidos como el terrorismo de Estado, la censura de textos y la persecución, valorando siempre la democracia como práctica política. En ese entonces (año 2015) se conformaba la escuela secundaria N° 28, de 6 años, con orientación en Ciencias Sociales, integrando dos secundarias básicas (N°,17 y N°,44). Dentro del proyecto de la elección del nombre para la escuela (enmarcado en la Resolución Provincial de Buenos Aires) se desarrolló la votación para la elección de un nombre para nuestra escuela secundaria ubicada en Villa Domínico. En el transcurso de 2015 se realizaron las elecciones para el nombre de la escuela. Entre las propuestas se encontraban: Ernesto Che Guevara, René Favaloro, Graciela Pane, Libertad y 9 de Julio, entre otras.

Camila Ruiz (ex presidenta del CE), comenzó a investigar y socializar la historia de Graciela C. Pane y la profesora Evangelina Pizzinini se contactó con la hermana de Graciela Pane, quien vino

a la escuela a charlar con los estudiantes contando la historia de vida de Graciela. También asistieron estudiantes de la UTN para conversar, ya que Graciela era estudiante de esa Universidad. El día de las elecciones se votó tanto en el Anexo como en la Sede de la escuela (ya que funciona en dos edificios) y participó toda la comunidad educativa: estudiantes, docentes, auxiliares, padres/madres, vecinos, estudiantes de 6° de la primaria N° 3. Llegó el momento de contar los votos y en primer lugar salió René Favaloro, siendo segunda Graciela Pane (de 6 candidatos).

Al elevar al Ministerio de Educación los resultados de la elección (enviando padrón electoral, cantidad de votos, firmas de fiscales y autoridades educativas). Por resolución ministerial de la provincia (655-2017) la escuela fue denominada como Graciela Carmen Pane ya que en ese momento en otra escuela del distrito también había salido votado el nombre de René Favaloro. Más adelante (en el año 2017), se inauguró el edificio de la Sede con dicho nombre, y adoptamos a Lina Pane (hermana de Graciela C. Pane) como madrina del establecimiento.

Así como nuestra escuela porta el nombre de una víctima del terrorismo de Estado, Camila Ruiz dio la idea de que el CE también lo hiciera, por eso es que el Centro Estudiantil de nuestra escuela se llama Claudia Falcone.

Como Centro Estudiantil de la E.E.S. N° 28 nos sentimos orgullosos/as/es por portar el nombre de Graciela C. Pane en la identidad de nuestra escuela, ya que su historia nos motiva a luchar por nuestros derechos como estudiantes, a no olvidar nuestros principios y las razones por las cuales nos manifestamos. También la injusticia de su caso nos impulsa a continuar con su lucha y llevar su bandera al hombro con compromiso y convicción, siempre defendiendo la democracia.

Nos gusta pensar que, gracias a su recuerdo, pudimos avanzar en derechos en cuanto al trato a los/as/es estudiantes en la participación política. Solemos decir que ella corrió para que nosotros podamos caminar.

Estamos agradecidos con Lina Pane por darnos un espacio en su proyecto para expresar cómo nos sentimos al respecto.

y enmudeció de pronto tu vientre de arrayanes.  
Esa noche,  
convocó Avellaneda una ronca liturgia de seglares  
mientras un salmo creciendo entre cenizas  
("el pueblo/unido/jamás será vencido")  
sollozaba en adioses por los bosques de Ezeiza.  
Era el tiempo en que los bárbaros  
mancillaban las rosas del suburbio  
y escupían sus odios en la Plaza,  
sobre una ronda de palomas desveladas.  
Cuando huyeron,  
evitando el humo del incienso  
y el porfiado silbido de los látigos,  
atrapamos el sol, les pusimos chiquilines a los parques,  
y barriletes de todos los colores  
invadieron el aire con tu nombre.  
Desde entonces,  
en el barrio se extraña el rumor de tus alas,  
el olor a inocencia dibujado en tus ojos  
y esa risa heredada de un ángel despeinado.  
Pese a todo,  
volverás con tu canto a entibiar la esperanza.  
Y ha de ser con la aurora en un día de octubre.  
Es el mes de los pájaros.

*Horacio*  
Horacio Ramos

Ermeliada → En cada grito nuestro, en los  
sueños de los jóvenes, estará  
siempre Graciela; Adelante,  
hermana, con la esperanza al frente  
Decibe el canto de todos  
nosotros. - *Horacio*  
octubre/84

A GRACIELA HORACIO RAMOS

## No se puede matar a la juventud

Carta de la madre de Graciela Panne

Me dirijo a los jóvenes de todo el país, a sus padres. Quiero que sepan por qué mataron a mi hija Graciela.

Si bien ella sabía que podían hacerlo, tuvo la voluntad de seguir estudiando, rindiendo exámenes, apurando su carrera universitaria.

Al mismo tiempo que la amenazaban, comenzó a estudiar computación y estaba a punto de concretarlo. No se acobardó nunca ante sus verdugos; ella pensaba en ustedes y confiaba en que en ustedes residía toda su fuerza, y yo pienso que no se equivocó.

Quería ser científica, quería saber para ayudar a la gente, quería combatir los males, las enfermedades, quería entrar a trabajar en un laboratorio, investigar, sufría por la gente.

Graciela luchaba en la Universidad y en todas partes por los trabajadores, por sus compañeros, por todos.

Ultimamente dormía dos horas diarias: el resto del día estudiaba, leía, conversaba conmigo y con la gente. Sabía que sus ideales triunfarían. El fascismo también lo sabía y no dudó un instante en destrozarlo su cerebro.

Pero a mí, su madre y profesora, me queda la certeza de que sus ideas no están muertas; su cerebro está desparramado en miles de jóvenes que luchan como ella y junto a ella para que las bestias no puedan matar a ningún ser humano más.

No pueden ni tres, ni mil balas matar a la Juventud.

Emilia R. R. de Panne

A GRACIELA MAMÁ



ANTES DE MORIR, JUNTO A MÍ



CALLE MUJERES ARGENTINAS, SARANDÍ



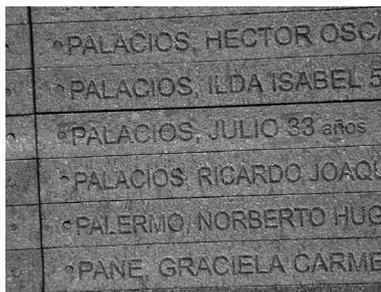
BRIGADA MURALISTA GRACIELA PANE



CASAMIENTO CON HUGO GARCÍA



CASAMIENTO DE LILIANA PANE



MURO DE LA MEMORIA  
EN AEROPARQUE



CIVIL DE MI HERMANA GRACIELA CON PAPÁ, MAMÁ, LOS TESTIGOS Y MI BEBÉ PABLO



COLEGIO NACIONAL CANADÁ



CON LILIANA EN BICICLETA DOBLE  
HECHA POR EL PADRE



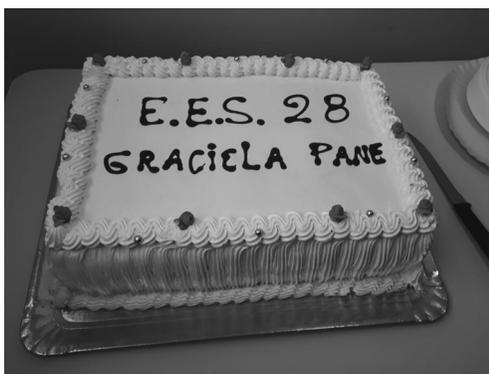
DE BEBA



DECLARADA PATRIOTA POR LA OESTERHELD



ESCUELA PRIMARIA Y  
FESTEJO CASAMIENTO



INAUGURACIÓN DE LA ESCUELA 28  
CON SU NOMBRE



GRACIELA



GRACIELITA



LA FAMILIA



PIANISTA

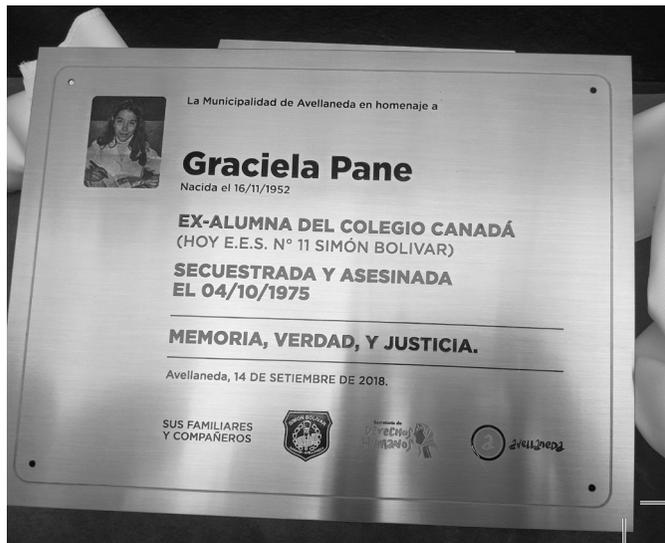


OTRO MURAL



PLACA DE LA ESCUELA QUE LLEVA SU NOMBRE

PLACA DE SU COLEGIO



TODAVIA...SOY.

Jamás pongo nombres ni fechas  
el tiempo no llega a mi alma  
sino en largos silencios...  
en pequeños accesos de ira,  
en súbitos momentos de calma,  
en un lento crecer cauteloso  
de afuera hacia adentro...  
Apenas si intuyo el año en que vivo  
y el tiempo que llevo de haber existido...  
sino en la nota suspendida  
de un intervalo irresoluto que no se apaga nunca,  
que nunca se vuelve armonía,  
que tiene ese sabor ...  
de la eternidad  
presentida.

No sé ....  
si soy niña o anciana,  
o soy ambas.  
Provengo  
de un sueño mestizo de razas,  
de un sueño cansado de ser siempre un sueño...  
Y yo  
que soy niña y anciana  
lo tomo, lo llevo conmigo  
lo mezo y lo acallo.  
(Anciosa la niña y escéptica anciana)  
El trino continuo se eleva,  
travieso, me huye  
lo celo, lo apremio, lo logro ...  
vuelve la esperanza.

Graciela Pane.

POEMA DE GRACIELA



*Don Bosco, 15 de noviembre de 2020*

Un día antes del que sería tu cumpleaños sesenta y ocho empiezo, por fin, a escribir los recuerdos que como hermana menor tengo de vos, Graciela. Los recuerdos reales, los fotográficos, los transmitidos por la Vieja, los nítidos y los borrosos, todo lo que pueda servir para hablar de vos, y que no seas solamente un número dentro del fatídico número 30.000. Mis vivencias son todo lo que tengo ahora. Soy el único familiar de sangre vivo que puede hablar de vos. Solo quedan dos primos hermanos más grandes que nosotras y con quienes la vida nos ha distanciado desde aquel día; eso por parte de mamá, y por parte del Viejo también sabés que nunca tuvimos contacto con los hijos de Rolando, su hermano. La vida, las creencias, las pertenencias, las circunstancias y la propia familia se encargaron de que hoy no haya nadie para arriba. Pero tranqui hermana, para abajo sí, y a los costados también. Tu sobrino es un hombre ya, y está para mimarme todo lo que puede. Hay comadres y compadres, ahijados y ahijadas, sobrinas y sobrinos nietos de la vida, amigas, amigos y mucha gente que aprendió a conocerme a través de vos. A través de tu historia. Ah, y de aquellos tiempos no quiero olvidarme de contarte que Jorge Garra sigue anualmente llamando para acompañarnos, y algunos compañeros más, cuyos nombres no recuerdo, y que militaban con vos también, para acompañarnos, digo, a vos en tu muerte, a mí en tu continuidad, por decirlo de alguna manera. Hasta

hace unos años llamaban a la Vieja, pero... se nos fue sin avisar, de arisca, como fue en sus últimos años.

Pero, además, y no es poca cosa, soy tu “hermanita”. La que lleva como puede la lucha por la justicia en cuanto a tu atroz asesinato y la lucha por tu memoria. La verdad ya la sé. Lo que me faltaba saber, tristemente lo supe en la fiscalía de Norberto Oyarbide, cuya fiscal pudo acceder a los resultados de tu autopsia y a los documentos de la Policía Bonaerense y de la CIA, donde daban cuenta de tus “actividades” y decían literalmente que eras una “activista estudiantil de una facultad obrera” de la UTN, gente que estudiaba y laburaba, gente peligrosa de por sí, pensaron, y probablemente más influenciada por tu discurso, hermana.

Pero, como ves, me estoy adelantando mucho. Es que lo que sigue doliendo sale como puede, desordenadamente y volviendo una y otra vez a tu muerte, aun sin quererlo. La impunidad de tu asesinato, la falta de justicia le hacen zancadillas a la vida anterior que disfrutamos, lloramos, peleamos y al fin vivimos juntas. Así que no, no voy a seguir por ese lado... Necesito hablar de vos. Necesitan todos saber de vos, cómo eras, qué pensabas, que querías, cómo te relacionabas con los otros. En fin, todo lo que nos acerque a tu presencia más que las pocas fotos que quedaron después de las mudanzas y los escondites, y de los pocos poemas que encontramos tipiados en una vieja máquina de escribir a cinta. ¡Si nos vieras hoy! ¡Vos que creías tanto en la ciencia y la tecnología!

Hablando de eso, y antes de remontar mi memoria a los más viejos sitios donde pueda encontrarte, rescatarte y traerte, te cuento que seleccionando fotos para las redes sociales (¡no tenés idea lo que pasa en estos tiempos, vos tan reservada, si supieras! Ahora hay manera de enterarnos qué come y con quién engaña a su mujer el vecino de al lado, todo por un invento llamado internet que originó otros muchos

y el más conocido se llama “redes sociales”). Decía entonces que, en las redes sociales, mañana estarás y yo postearé (así se dice) acerca de tu cumple y de la impunidad de tu muerte y pondré todas las fotos que encontré. Iba a poner también un nuevo –y viejo– poema escrito a mano por vos, que recién ayer encontré entre los papeles de mamá. Se llama *Sin vos*, le pusiste título y todo, pero me pareció que no contaba con tu anuencia, los otros tres o cuatro que encontré ya estaban tipiados a máquina, por eso los publiqué en tu web (es un lugar donde el que quiera puede saber quién fuiste). Tal vez este no lo hubieras querido mostrar... así que lo besé y lo volví a guardar.

Antes que nada, te cuento que este intento por dejar tu huella escrita por mi memoria lo he empezado varias veces... pero siempre lo he tenido que abandonar. Solo por no soportar el dolor, el nuevo duelo, el duelar permanentemente una muerte que no halló justicia, más bien halló dos veces la muerte. Una la real y otra la de los juzgados.

Otra cosa que te quiero decir y con esto prometo no divagar más, es que te extraño mucho, muchísimo. Que el sentimiento de hermandad que teníamos, ese que vos dijiste que era una ternura inmensa que nos iba a durar toda la vida, así resultó. Me dura.

Y ahora no te hablo a vos sino a quien lea esto. Yo no soy escritora (vos ya lo sabés de siempre), un poco letrista y nada más. (Y recuerdo ahora que mi primera letra y música fue una “canción” que hicimos juntas en nuestra adolescencia y que desfachatadamente mandamos al Festival OTI de la Canción.)

Me excuso por lo tanto de no recurrir a formas apropiadas de literatura, reglas, sintaxis y síntesis correctas. Solo me guía el amor a mi hermana, y la necesidad enorme de recordar y decir todo lo que pueda de sus 23 años vividos, casi 20 junto a mí, para que no sea un número solamente dentro de los 30.000 compañeros, deseando además que todos los sobrevivientes que puedan dejen sus testimo-

nios también. Aunque sé que no va a ser fácil, de hecho, hasta ahora somos minoría los que escribimos nuestros recuerdos. Incluso, aunque cueste entenderlo, hay familiares que nunca han iniciado causa alguna, no han querido ver los nombres de sus hijos o hermanos en el *Nunca más*, no adhieren a la militancia por los Derechos Humanos y no quieren siquiera escuchar hablar de política, como si por no hablar no existiera. Las huellas de esa desmemoria hay que buscarlas en un largo proceso oscuro de miedo y de desprestigio hacia todos los luchadores de los tiempos de la Triple A y de la dictadura misma. El “algo habrán hecho” y “eran guerrilleros” hizo su trabajo en muchas cabezas, incluso como excusa (creo yo) para no enfrentar el dolor de pérdidas irreparables y de maneras horribles.

Solo desde el discurso oficial de Néstor Kirchner y Cristina Fernández se empezó a llamar a las cosas por su nombre. Todos eran militantes del campo popular. Algunos, como vos, en las universidades, otros en las fábricas y los menos en grupos armados alzados contra la más feroz dictadura que recuerde este país. ¿Error de apreciación del momento político social para esos alzamientos? ¿Utilización política de los militantes por cuadros políticos fundamentalistas oscuros? No lo sé, ponele que sí, ponele que un poco de todo, de todas maneras, fueron héroes contra un enemigo inmenso, poderoso, apoyado por fuerzas del Imperio. Un enemigo que aniquilaba mientras tanto lo mejor de los militantes de nuestra Patria.



*16 de noviembre de 2020*

Día dos de este propósito que es escribir sobre vos, Graciela. Fue un día intenso, palabra que se usa mucho por estos tiempos. Hoy habrías cumplido 68 pirulos, hermanita. Ya sabemos que no debemos jugar mucho con eso de “qué hubiera pasado si hubiera hecho tal cosa y no tal otra”, sabemos que lo contrafáctico no sirve casi para nada a no ser para sacar un poco de experiencia y no volver a cometer el mismo error. Sin embargo, también puede fallar incluso ese supuesto aprendizaje, así que mejor seguir siempre adelante, siempre seguir, y que otros hagan los balances, tal como decía tu cuñado querido.

De todos modos, en tu caso las preguntas son inevitables y la gran diferencia para ello es que lo que pudiste hacer fue casi un suspiro en tu tiempo, no pudiste todo lo que querías, y no fue por propia elección. No pudiste solo por no haber vivido lo suficiente. Te mataron tempranamente: 23 años y un hijo de tres meses que nunca nació. Entonces hoy, que cumplirías años, una vez más me pregunto cómo serían nuestras charlas, cuántos hijos hubieras tenido, cuántos sobrinos yo, cuántos matrimonios abrigado en ese enorme corazón, o tal vez si Hugo seguiría siendo tu único compañero, o vos su viuda y no otra... Qué estarías haciendo como científica (cosa que nunca dudé que llegarías a ser), si seguirías siendo tan descuidada como siempre con tu pelo y tu ropa, si tan desordenada como creativa. Tan vulnerable a la muerte cotidiana, al hambre y al dolor ajenos,

y tan fuerte para con todos nosotros. ¿Serías vegetariana? ¿Vegana? Feminista de las preclaras fuiste siempre. Comunista presiento que sí. Afiliada no lo sé... Creo que no, tal vez te molestaría tanto como a mí algunas faltas de respuestas y de unión luego del ya famoso Congreso del PC.

Creo que tendrías el pelo lleno de canas, como papá, ¡y que no se te ocurriría teñírtelo! Y qué sé yo, mil cosas más de las que hablo con algunas amigas que más o menos tienen tu edad y que acompañan estos años raros de la edad madura, como se nos dice a los grandes, porque decir viejos hoy es mala palabra.

Debo pensar en vos, me prometí meterme en mi mente a buscar... Pero la puta que se hace difícil recordar. Sin embargo, de la imagen de tu pelo ensortijado, de tus ojos negros profundos, de tu aroma a flores, tan tuyo como los tulipanes que cultivabas, de eso no me olvidé nunca. Imposible después de tu muerte ver tulipanes y no verte a vos con uno de ellos.

Y es en tren de recordar que se me aparecen dos momentos feos de mi infancia donde fuiste vos la que me “salvó” casi literalmente, aunque ya sabemos que no sirve de nada lo contrafáctico, como ya convinimos. Vos te debés acordar mejor que yo. Hay una escena en mi memoria (no hay fotos de ninguno de los dos episodios) que quedó grabada a fuego, fue cuando me salvaste del tío abuelo Miguel, ¡que quería entrar al baño a bañarme! Yo tenía 13 años entonces. Él ya había entrado y yo me tapaba como podía. Vos entraste y lo sacaste a empujones. No sé qué habrá pasado en la familia, no me enteré, pero nunca más lo vi al tío Miguel. Y la otra escena de mi memoria que aparece sin pensarla siquiera es en el campito de la esquina de casa, el potrero, donde los pibes jugaban al fútbol. Ese día estaban todos en la canchita y yo casi sin querer o saber me crucé ese potrero para hacer algún mandado. Uno de los pibes me echó y yo al correr

me caí y fue entonces que todos empezaron a gritar que tenía la bombacha colorada. Y era así nomás. En esa época, y para las niñas, las bombachas no eran de encaje y yo no tenía más de 11 o 12 años. Fuiste vos la que escuchó mis gritos (nuestra casa estaba a 2 casas del potrero) y saliste y los enfrentaste a todos juntos sin importarte si te iban a pegar o qué te iba a pasar, a pesar de que solo tendías 14 o 15 años. No me acuerdo qué les decías, pero sé que todos se fueron a sus casas, vos a la nuestra y yo al almacén, y cuando volví estabas esperándome en la puerta, medio escondida. Pero yo te vi.

Esos dos recuerdos medio tormentosos por cierto me aparecen fuera de los demás. La mayoría de los agolpados en mi memoria son del secundario de ambas. Me vienen muchas fotos y diálogos de esa etapa, no sé si es normal, si a todos le pasa, pero a mí la infancia primera con vos me cuesta más traerla...

Pará, acaba de aparecerme un recuerdo de mis 6 o 7 años. Estábamos en la casa de Tata, la abuela materna, que albergaba a los viejos, a nosotros y al tío Héctor (el pobre linyera y botellero tío Héctor). Ya habían vivido ahí la tía Zulema, el tío Arturo y el tío Ernestito (el que murió tempranamente de cáncer o, mejor dicho, de eso de lo que no se hablaba). Estábamos subidas a lo alto del techo de la galería de chapa que hacía las veces de living, y que era el separador de la seguidilla de dormitorios a un lado de la casa chorizo, con la línea de cocinas al otro. A unos 60 centímetros del techo corría en mampostería una especie de estante de pared a pared también de unos 60 centímetros de ancho. Ese hueco, una vez por año, o dos, se *caleaba*, como el resto de las paredes, y ahí solo podían entrar las "chicas" a hacerlo. No sé si queríamos hacerlo. Lo recuerdo por un lado con cierto gustito a aventura, aunque por otro con telarañas y suciedad... Pero ahí estábamos, juntas. Lo único que tengo claro aún hoy, es que sin vos jamás me hubiera subido a hacer eso. Vos me calmabas, me

sacabas los miedos y me dabas fuerzas. Además, siempre te reías de cualquier situación que a mí me asustara. Ves, recuerdo eso, tu risa. Recién caigo en que se me hace difícil recordar la infancia primera junto a vos por la diferencia de edades. Los recuerdos primeros tuyos no los puedo contar, yo aún no llegaba a esta vida. Lo que dan fe las fotos desde tu nacimiento al mío es que eras hermosa. Y por lo que parece, esos tres años y medio no fueron tan malos. Se te ve en Mar del Plata con la abuela y la tía, se te ve de beba en una serie de “fotos encargadas”, esas “fotos de fotógrafos” típicas de la época, que representaban algún dinero. Se te ve de vestidos glamorosos y rulitos ordenados. Tal vez hayas pasado solo esos tres o cuatro momentos “acomodados” que reflejan las fotos, no lo sé, pero sí sé por la Vieja que mucho antes para ella y toda la familia, y dieciocho años después para nosotras y los viejos, la cosa no estuvo nada bien.

Es poco lo que escribí hoy, Gra. Estoy algo cansada y mañana me tengo que levantar muy temprano para ir a ver a un especialista en pulmones a Olivos. Después te cuento. Beso grande, hermana.



17 de noviembre de 2020

Acá estoy ya repuesta de un día agitado. Mis pulmones tendrán que ser controlados cada seis meses, parece que el cigarrillo tempranamente algún detalle les dejó... pero nada que no se pueda contener. Creo. Siempre creo. Yo, atea de dioses, creo que van a venir mejores cosas. En realidad, no sé si lo creo o me invento que lo creo. Sirve igual.

Hoy pensé varias veces en nuestra primera infancia. Aparecen dos muñecas, una rubia y otra negra. Y yo rompiendo la negra, que era tuya, obvio, y cargando el llanto culposo durante mucho rato. Vos también aparecés, pero consolándome y apaciguando a la Vieja, ¡que me quería matar! Las dos fuimos *cascadas*, mucho más por el Viejo que por ella, claro, ya que eran épocas donde la madre “le avisaba” al padre cuando regresaba a casa las macanas que los hijos habían hecho, y él se encargaba de los castigos. En el fondo no creo que hubieras jugado mucho con esa muñeca, nadie te podía sacar del juego de química. ¿Por qué la habré roto? Se me ocurre que para la misma época pasó lo del accidente. Yo estaba montada en tu espalda y no pudiste con el peso, di mi cara contra el suelo y rompí el tabique de mi nariz, que hasta el día de hoy es medio de boxeador, digamos. ¿Fue tal vez mi venganza romper tu muñeca?

La otra hipótesis tiene que ver con tu belleza de mujer morena. Vos saliste a la Vieja, medio india, hermosamente oscura... como tu

muñeca. Creo que no lo soporté. Vos, sí, como siempre, todo lo podías. Como aquella vez en que camino a la Costa de Domínico, con el jeep del Viejo, nos quedamos empantanados en un lugar al borde del arroyo. Nosotras íbamos atrás y había que equilibrar el peso para no caernos cabeza al río. Yo me quedé inmóvil y vos, muy despacito, te fuiste acercando a los asientos de adelante hasta que trepaste a los brazos del Viejo haciendo que el jeep empezara a inclinarse para el otro lado. Mamá se animó entonces a correrse y yo también. Volcamos “dulcemente” pero no nos pasó nada. ¡Te la debimos siempre!

¡Ay, la quinta de los mellizos! ¡Qué bien que la pasábamos ahí! Haciendo vino patero, comprando cosas ricas y jugando, jugando mucho. Como jugábamos en el Club Belgrano, a la vuelta de casa, cerquita de la final del recorrido del 98. En la única cosa que te ganaba era en la carrera de embolsados, porque era más chiquita y más ágil que vos. Tus patas largas, en eso saliste al Viejo, te dificultaban correr dentro de una bolsa algo más corta que ellas. ¿O me dejabas ganar? No tengo muy claro si ahí o en la escuela Ricardo Gutiérrez, la número 10, se hacían kermeses y pasábamos horas haciendo guirnaldas con papel crepé de dos colores con harina y agua como engrudo. Y ahora que nombré el engrudo me acuerdo del día en que me hiciste con crepé, papel de diario y cañas ¡mi primer barrilete! Teníamos el potrero de la esquina, el Parque Domínico y la quinta de los mellizos en primavera para el barrilete y para cazar mariposas. Y teníamos libros, vos muchos más y algo “raros” para mí, pero teníamos libros. ¡Y leías y me leías y nos leías a toda la familia!

No hay un orden exacto en lo que va viniendo a mi mente, ahora es el mismo Parque Domínico, hoy llamado “Los Derechos del Trabajador”. Ahí vos patinabas en esa pista con patines de cuatro ruedas y yo iba a la calesita y a los juegos, como la hamaca y el tobogán. Eras más alta que yo y te encantaba correr, patinar y bailar. De eso

no me olvido. Te veo casi etérea, siempre saltando y llegando antes que nadie, ahí donde había que llegar.

Después te me aparecés en la mesa de Tata, esa que lavaba con cloro y detergente para que la madera no se contaminara (produciendo un humito que nos espantaba por un buen rato), decía que te me aparecés jugando con la abuela y el tío a las cartas, al culo sucio y a la escoba de quince. Nos ganabas en buena ley a todos. Mientras nosotros sumábamos con los dedos o los porotos, vos mentalmente ya tenías el partido en tus manos. Menos con el culo sucio, que era a suerte y verdad. Si te salía te morías de risa, si me salía a mí me iba a la cama a llorar desconsoladamente.

Volvés a mostrarte en la galería, que era como una cocina ampliada, esa de los techos de chapa, cuando la abuela hacía los churros con su maquinita o las bolas de fraile que rellenaba con anchoítas. Nunca te importó, ni de chica ni de más grande, saber tu peso, y además siempre fuiste flaca. Comías todo lo que yo comía. Pero no engordabas nada... de eso también me acuerdo. Y mientras se freían los churros y las bolas de fraile vos me sacabas de la cercanía con la olla de aceite hirviendo. Me alejabas dulcemente... siempre.

Hay una foto que nos muestra en la bici que nos hizo papá, una bici doble, que todo el mundo admiraba. ¡Dos asientos, doble pedalera! Vos 12 años, yo 8. Yo enojada (andá a saber por qué) y vos con cara de madre-hermana-ternura. Un recuerdo muy borroso nos muestra saltando zanjas y esquivando el barro para llegar al asfalto y al arroyo entubado por donde nos deslizábamos. Vos siempre adelante. Sin miedos.

Nuestra calle, Sarrat, cuando aún vivíamos todos juntos no tenía asfalto. ¿Te acordás? Y las sanguijuelas se nos pegaban dos por tres en los chapoteos que hacíamos frente a casa. Vos obviamente eras la encargada de curarme de ellas, y sobre todo del susto y del asco.

A veces creo que no hubiera sobrevivido de no ser por tu presencia y cuidado. Tal vez el peor momento que recuerdo de nuestra infancia en familia, de cuando vivíamos todos juntos en una pieza de cuatro por cuatro, es cuando en medio de la noche, en plena tormenta, alguien prendió la luz y el cuarto estaba tapizado literalmente de hormigas, millones de hormigas que subieron desde la tierra pantanosa rellena con restos del Mercado Central, hasta las paredes, los cajones de la cómoda, las camas y el piso completo. Todo era un hervidero de hormigas, seguramente tan aterradas como nosotros. Te veo nítidamente abriendo los grandes cajones con nuestra ropa llena de hormigas y limpiando todo lo que podías... Más adulta y comprometida con la situación que nuestros propios padres, creo.

Casi cuatro años de diferencia no es poco entre hermanas: una enseña y la otra juega o aprende. Te veo entrando ladrillos, ayudando con pastones, estudiando, siempre estudiando, riendo con la Vieja; y enojada con papá porque nos pegaba con el cinto cada vez que nos mandábamos alguna macana. Te veo compitiendo conmigo en sacar los huevos del gallinero de Tata y trayendo perros a la casa. Me parece que estoy mezclando tiempos, lo único que rescato efectivamente de esa infancia compartida en la casa de los abuelos es lo del gallinero, los perros, los teros, las tortugas gigantes y los pájaros del tío. Creo que lo único tuyo o nuestro eran los perros, los demás bichos eran todos de Tata, Tato y el tío Héctor.

Como ya me empiezan a aparecer muchísimos recuerdos de la adolescencia prefiero dejar acá. Por ahora. Mañana seguimos recordándote, nena.



*18 de noviembre de 2020*

Casi solo por fotos y algunas referencias de la Vieja creo que de pequeña eras una niña educada, cariñosa, estudiosa, vergonzosa y muy curiosa. Sé por fotos que estudiabas baile clásico. La Vieja supo guardar toda su vida una zapatilla de punta tuya, ya decolorada por el tiempo, pero intacta en su belleza. Me suena que querías estudiar francés o que habías empezado, pero que no hubo dinero suficiente para todo, y más luego tus asesinos te quitarían el tiempo.

De golpe me apareció el recuerdo de tu guardapolvo blanco, ¡que era derecho! ¡Sin tablitas! Y sé por eso que ya estoy entrando en mis últimos años de primaria y los primeros de tu secundaria. Por supuesto yo no quería mi guardapolvo planchado de tablitas y cuellito de nena, siempre quise ser grande como vos. Como vos que ibas a la escuela y le decías a la maestra que no podíamos pagar la Cooperadora, que no tenía que ser obligatoria, porque la escuela era gratuita y para todos y además nosotros éramos pobres.

En esos años, ya la abuela, el abuelo y el tío se habían mudado a otra casa en Bernal Oeste y los viejos le habían comprado la casa de Sarrat. No sé cómo se debió hacer el trato, pero presiento que ese movimiento alejó a los hermanos entre sí. En nuestra infancia primera recibíamos los regalos de la tía abuela María, ¡la que tenía caballo en su casa! También recibíamos los mimos de Arturo, que nos llevaba en su camión a la Costa, o de la tía Zulema, decoradora

ella y por cierto la más “adinerada” y culta, que nos invitaba a ver la tele en su living. Todo eso cesó en nuestra casa propia, ex casa de todos. No puedo recordar ni las visitas ni las juntadas numerosas ni los ñoquis y ravioles que hacíamos para las fiestas ni a los primos que hasta ahí estuvieron bastante presentes. ¿Sería por eso que la Vieja nos llevaba más a pasear y nos dejaba rodar desde lo alto del Parque Lezama hasta terminar la barranca, sin reclamar que nos cuidáramos la ropa?

Sin embargo, yo no estaba contenta con eso... extrañaba la familia. Y eso que nunca tuve demasiado carácter y que, por ejemplo, cuando la abuela Tata me llevaba al cementerio con las calas en la mano yo no sabía negarme, a pesar de que no la pasaba nada bien. Me llevaba a ver tumbas de niños o bebés y me contaba de antiguos indios que reducían las cabezas de sus enemigos. La abuela Tata, a quien tanto quise, fue tal vez la que más temores me hizo tener. Vos en cambio sabías negarte a esas visitas al cementerio. Suave pero firmemente decías que no, que tenías que estudiar. En cambio, yo no me animaba, aunque tuviera cosas que hacer. Siempre te admiré y al mismo tiempo me dabas mucha envidia y bronca. Podías salirte con la tuya, sin miedos. Sabías decir no antes de decir sí, y después evaluar. En cambio, yo lo tuve que aprender con los años, muchos años de hacerlo todo mal. O como pude. No lo sé.



*19 de noviembre de 2020*

Los años que vinieron en la casa ya nuestra solamente del Pasaje Rodolfo Sarrat fueron de la preadolescencia hasta mis 15 años y 18 tuyos. Sin dudas los que más recuerdo. Debe ser porque también los recuerdo como los más felices. Qué pena da saber que fueron tan pocos años los que disfrutamos a pleno. No creo que hayamos sufrido horriblemente los años anteriores, pero sí tuvimos una oscura y gris letrina por baño para todos, una pieza de cuatro por cuatro para dos niñas, papá y mamá, mucho barro en la vereda, mucha ropa de otros, muchos Compendios Bonaerenses prestados o de la biblioteca. Mucho de poco casi siempre.

Sin embargo, llegó una etapa corta de tiempo para el Viejo (o audaz y mala jugada al fin) que nos permitió disfrutar esta nueva casa, con nuevo baño, con un cuarto para nosotras, con otro al fondo para las travesuras más picantes de esos días, con placares, cómodas, tele y pintura real en lugar de cal color cremita.

Recuerdo tus estudios de piano, las horas y horas que pasabas practicando. Primero sin piano, solo con un papel con las teclas dibujadas, hasta el día en que llegó el piano de cuarto de cola, que para nosotras era obviamente “de cola” y punto. Tu alegría no tenía límites. Todos los límites los iba a poner la vida unos pocos años después.

Eras una adolescente única. Mientras las otras chicas bailábamos rock y andábamos en bicicleta vos soñabas con ser ingeniera y

bioquímica. Hablabas de un mundo que alguna vez debería cambiar y no dejar morir a los niños y sacrificar a los árboles. Hablabas obsesivamente de la paz y estudiabas mucho, tanto como para ser la abanderada de quinto año de nuestro colegio.

Todo lo hacías bailando sola, cantando y riendo. Tu vida era tan rica como tu caos. No entendíamos cómo podías encontrar algo en tu pieza, todo estaba allí dado vuelta, pocas cosas estaban en su lugar. Es más, creo que las cosas nunca tuvieron con vos “un” lugar, que siempre pusiste lo importante por sobre lo demás, incluso aunque pareciera urgente. A decir verdad, nuestras únicas peleas fueron por esto.

Te fascinaba el cielo y con él todo: las estrellas, los planetas, el universo. Adorabas la música y las poesías. Amabas saber. Saberlo todo.

Me enojaba tu ausencia de ropas a la moda, tu falta de arreglo personal, tu poca atención a los “chicos”. Y me daba hasta cierta vergüenza que ellos me dijeran que vos eras “rara”, y vaya si lo eras. Hoy, con orgullo de hermana, veo que tu escasa vida en años fue tan plena de todo lo que realmente nos hace bien que alcanzaría como para llenar varias largas vidas ajenas. Me hincha el pecho y, aunque no lo merezca, todo es mérito tuyo, nena, me gusta sentir esto solo porque me siento más cerquita a vos.

Se van amontonando las fotos mentales de mi pubertad y tu adolescencia. Las mellizas, Rubencito, el flaco Yedrasiak, lo del árbol, Gabina, el primo Eduardo, el jeep del Viejo, la primera Mochi, el taller de papá. Esas son las de antes del primer caos, el económico. Mañana te las recuerdo y nos reímos juntas, hermana.



*22 de noviembre de 2020*

Viernes y sábado no me senté a escribir nada. El viernes, a pesar de no haber hecho grandes cosas, me sentí muy agotada. Y ayer, como todos los sábados desde hace un tiempo, cantamos “online” con algunos alumnos. Eso lleva una preparación y un corazón enterito y bien dispuesto. No quiero decir que me disponga mal hablar de vos y con vos. Siento, por el contrario, que es un gran alivio haber podido empezar a hacerlo y ojalá lo pueda terminar. Pero algo dentro de mí sufre y se resquebraja, hace ruido y me tira abajo un poco. No es del orden consciente, pero me pasa.

Hoy, domingo, me dispongo a seguir este modesto librito que, creo humildemente, es testimonio importante y amoroso, además, desde todos los otros lugares de la vida.

Un cuadro del que no hay fotos, que solo está grabado en mi memoria a fuego, es el día en que me “hice señorita”. Así se solía llamar por aquel entonces a la menstruación y al inicio del ciclo de fertilidad femenino. Yo mentalmente era aún muy chiquita, aunque ya tenía 13 años. De modo tal que en el baño de la casa recién estrenada creí que me pasaba algo malo, ya que sangraba bastante. Te llamé a vos. Siempre a vos. Primero a vos. Me abrazaste mucho tiempo, a mí eso me asustaba más, pero cuando empezaste a reírte reímos juntas y me contaste todo lo que me estaba pasando.

Casi simultáneamente, y con mucha delicadeza, me fuiste contando que lo de la cigüeña tenía que ver con esto, que era un cuento al

igual que el de los Reyes Magos, a quienes desde ese día no volvería más a ponerles el pastito y el agua para sus camellos. Así de inocente era y así de iluminada fuiste para mí en ese entonces.

Lo que no me contaste lo aprendería junto con vos y aquellas mellizas de largos rulos dorados, que sabían más que vos y yo juntas, y que nos ayudaron a investigarnos un poco mutuamente, entre risitas pudorosas y hormonas indomables. Lo masculino lo descubriríamos con el pibito de enfrente, el de la abuela Rubia, ese que nos dejaban a nuestro cuidado para entretenerlo, sin saber que él nos entretenía a nosotras mostrándonos “aquello” que solo tenían los nenes. Pasarían al menos cinco años para entender que “aquello” no medía necesariamente a lo sumo cuatro o cinco centímetros. A estas travesuras de púberes, vos (que eras más grande y estabas más informada) ponías límites y explicabas como podías todo lo que yo te preguntaba.

Todo esto pasaba en la casa que ahora era nuestra solamente. Imposible hubiera sido en tiempos en que la abuela, el abuelo, el tío y las visitas no previstas (y en rigor de verdad no siempre bienvenidas) ocupaban todos los espacios de la casa chorizo, incluso la terraza de chapa donde nos sentamos a “conocernos” con las mellizas y el cuartito de los cachivaches donde Rubencito nos enseñó in situ sus “dotes” masculinas.

Algunas noches eras sonámbula, y me ordenaban no asustarme y no despertarte. Subías a la terraza y andabas por las escaleras con los ojos cerrados. Erguida y a oscuras me parecías un hada. Me daba miedo que te lastimaras. Siempre me dio miedo que te lastimaras o te lastimaran.

Debió ser por ese sonambulismo que un día, para terror de la Vieja, subiste a la terraza, esa que conocías incluso dormida, te acercaste a ver desde lo alto, calculaste lo fuerte de las ramas y te mandaste a saltar al árbol de la vereda, como Charly García, pero mucho más bajo, claro, y obviamente saliste ilesa y riéndote a carcajadas. Solo te

ligaste un sermón de la Vieja, que en el fondo te admiraba siempre. Que murió admirándote.

Por esos tiempos ella se escapaba a Constitución a comprarse, lo que según ella era la mejor “sopa inglesa” del país. Aunque, a decir verdad, la Vieja no conocía para ese entonces casi nada del país (tan era así que su luna de miel fue al “Obelisco”, en la Capital Federal). Ahí, en Constitución, se encontró un día con una chica de nuestra edad con un papel en la mano que solo decía “me llamo Gabina Fernández”. Le preguntó si tenía a dónde ir y cuando la vio sola y desamparada la trajo a casa. Como una hermana más. Mientras tanto, el plan era averiguar de dónde venía, qué familiares podía tener y todo lo referente a su “custodia legal”.

Vos la aceptaste. Y yo también, pero porque vos lo hiciste, claro. Le enseñamos todo lo que sabíamos y le insistimos en que estudie algo. Con el tiempo se hizo enfermera. Poco antes de recibirse ya se había mudado con un novio a su casita alquilada. Empezaría una nueva vida antes de que la Vieja supiera de su antigua vida y le encontrara a sus parientes. Pasó solo unos años con nosotras pero la quisimos mucho. Quería traerla a cuenta hoy porque en la relación que fuimos construyendo como familia ampliada vos tuviste mucho que ver. Fuiste la que les puso los puntos muy claros a los viejos, era una hermana y nunca sería una sirvienta. No en nuestra casa. Dudo mucho de que nuestros viejos la hubieran tratado como a una empleada doméstica y muchísimo menos como a una sirvienta, pero sí recuerdo que ante las exigencias machistas del Viejo vos siempre le decías que Gabi no había elegido ser su hija, ni mucho menos su esposa, así que a ella no le pidiera nada. Y entonces el Viejo asentía. Ya habían pasado las etapas del cinto bien dispuesto y de nuestras travesuras de niñas.

Ahora nos interesaba lo que mamá hacía por Constitución, nunca nos creímos mucho lo de la sopa inglesa. Ahora sabíamos que

militaba en la UMA. Y nosotras nos preguntamos y le preguntamos todo, empezando por saber qué quería la Unión de Mujeres Argentinas. ¿Por qué ella militaba? Y, por supuesto, ¿qué era militar? Por otra parte, el abuelo Tato, que se decía amigo del General, ya había cofundado el Sindicato de Papeleros y no quería ni hablar de política con la Vieja. Se olía en el aire cierta distancia entre la familia, que solo se superaba por y con amor. No con todos. Con los abuelos maternos, el tío Héctor y la tía Zulema sí. Y a pesar de que el tío Arturo era el más afín a la ideología comunista de la Vieja, no sé bien por qué pero se alejó del Viejo y recién en los últimos años de mamá se volvieron a encontrar.

Esos pocos años dorados de una familia de cuatro en una casa grande, con piano, con muebles, con guitarra, con Conservatorio Sarandí de María Elena Bourdin, con idiomas, con Escuela 10, con Colegio Nacional Canadá, con tabletas grandes de chocolate blanco para comer debajo de la parra del patio delantero mientras hacíamos los deberes con la Vieja, esos años dorados tuvieron tu primera perra callejera, la Mochi, la negrita y blanca, la manchadita que tanto adoraste. Por ahí siguieron después sus hijas y sus nietas, una de cada una siguió llamándose Mochi y viviendo con nosotros, mucho después incluso de tu muerte. Solo para recordarte y tenerte de alguna otra rara manera con nosotras.

Papá había podido comprar la casa por el laburo que tenía en su taller, el taller mecánico de José y Rolando Pane. Allí nos escapábamos a verlo y a vos te fascinaban las maquinarias, los silenciadores que se fabricaban, las motos que se arreglaban, todo lo que fuera además obra del ingenio del Viejo y del tío, que con sus estudios de técnicos de escuela media inventaban lo que no existía o lo que no se conseguía. De puro envidioso, el pelado de la esquina de casa un día nos preguntó si papá seguía haciendo “escupideras”.

A mí en cambio me dejabas al lado, que era la continuación del taller por un lateral y la casa de los abuelos paternos. Yo te lo pedía. Así comía bananas e inspeccionaba esa rara casa que no conocimos hasta unos años después. Esos raros abuelos paternos, que hablaban en tano ya argentinizado y que eran tan rígidos que hasta la abuela comía después de que el abuelo lo había hecho. El taller estaba a unas siete cuadras más o menos de casa. A veces papá nos traía de vuelta en el Jeep IKA antes de regresar al trabajo por la tarde. Ese jeep donde posaste y yo te tomé una foto. Ya pondré todas las fotos que tengo tuyas, todas en este pequeño libro que te nombra y te abraza y un poco te sigue llorando.



*23 de noviembre de 2020*

Lo del primo Eduardo fue un capricho mío que casi termina mal y al que te oponías. Pero, como casi siempre, al final me dejabas... ¡Yo te podía! Insistí en aprender a manejar a los 14 años, con el taxi del tío Arturo que ya manejaba Edu, que tenía 18, y que además era el noviecito de Gabi.

Sin contarle nada a nadie ahí fuimos los cuatro, vos yo, Gabi y Edu. Al volante yo y al lado Edu. Todo iba bien. Casi perfecto. Yo de golpe quiero parar a comprar helado. Vos no querías, pero cediste. Y así seguimos “enseñando a manejar a Lili”, ¡con el helado en una mano y la otra en el volante! Hasta que al girar en una bocacalle el auto no respondió rápido y nos estrellamos contra el chalet de los pitucos de a la vuelta, que casi se comen crudos al Viejo y al tío. Salimos ilesos. No así el auto, y menos la casa. Eso por no hacerte caso. Una vez más.

Hoy es feriado, no laburé, pero vino tu sobrino Pablo, y cuando él viene yo me olvido de todo, me hace tan feliz verlo, lo quiero tanto, lo admiro tanto. Es un hombre muy talentoso y muy especial tu sobrino. Será por eso y por el sol que tomé armando la Pelopincho que se me fue el día y no quise dejar de escribir, aunque sea un poco. Lo que más temo es que en algún momento flaquee. Por eso insisto, aunque sea desordenado y escaso. Mañana tal vez todo sea más y mejor.



*24 de noviembre de 2020*

Hoy me despreocupé un poco de todo, sé que a veces tengo que hacerlo y entonces me ocupé de mí. Peluquería, gimnasia, canto... Y ahora acá, con vos, un rato. ¿Sabés qué estaba pensando? Que los primeros días no me costaba casi nada venir y hablar de tu infancia a través de mis recuerdos. Pero ya estamos llegando a tus años de universidades (¡sí, dos!) y eso duró tan poco que seguramente algo tiene que ver con esta resistencia tristonra de acercarme a la compu. Fueron tan pocos esos años, y encima yo, que al irme de casa a los 17 y tener un hijo a los 19, no pasé mucho rato con vos por entonces. Duele eso, duele no tener tantas vivencias juntas para volcar acá, y duele el final de tu joven vida.

Pero sigamos un trecho más, Graciélita, como nunca dejó de llamarte la Vieja. Así puedo contar que por ella, el abuelo y la Sociedad de Fomento de Belgrano, que reunía gente para pedir el asfalto, un teléfono público, el gas, las cloacas, en fin, por esas cosas y algunas más del orden del misterio genético o de la crianza familiar es que un día, a mis 14 años recién cumplidos, me fui a la casa de unas vecinas, hermanas, una recuerdo que se llamaba Tere, la otra no recuerdo el nombre, a militar en todas las causas que pudiera, con la impaciencia de mis años, allí donde estaba la Fede: la Federación Juvenil Comunista, la rama joven del Partido. Casi inmediatamente me afilié y cuando te enteraste corríste a ver en qué me había metido

y si en verdad eran los chicos de la Fede (y no algún otro grupo de los “pesados” que ya empezaban a hacerse oír). Te hiciste amiga de las hermanas y te afiliaste también.

Te cuento que hace unos tres o cuatro años pusieron tu nombre en la calle Ferrer, la última casa que conocimos juntas y donde no pudiste llegar aquella noche. Ahí hubo dos momentos muy especiales para mí que no olvidaré mientras viva. Uno fue reencontrarme con la hermana de Tere, hoy escritora y que se ofreció a hacer esto que estoy haciendo yo en este preciso instante y como puedo. No sé bien pero no retuve ni su nombre ni sé dónde puse su tarjeta, vaya la mente las cosas raras que tiene. De todas maneras, me conmovió verla. El otro momento que tuve que pasar me tomó de sorpresa y no tuve reacción: una vecina del barrio, a pocas casas de la que fue nuestra, la casa de los abuelos paternos, la última que tuvimos en Sarandí, esa vecina se me acercó envuelta en un llanto conmovedor a decirme que era ella la que no te había abierto su puerta cuando corrías de tus secuestradores y llamabas a los vecinos, que tenía miedo, que no sabía qué hacer y que todo pasó muy rápido. Me congelé, literalmente. La sangre se me heló y el corazón creo que se paró un instante. No dije nada y la saludé cortés y formalmente. Ay, de nuevo me estoy apurando, pero todo vino con lo de nuestra afiliación.

Casi simultáneamente el Viejo empezó a caer económicamente por préstamos de usura para pagar sueldos y mantener el taller, más los gastos de la casa y de nosotras. De un día para otro, en pleno cumpleaños de 15 mío, nunca festejado, los viejos nos contaron que nos iban a venir a sacar las cosas de la casa y que además iban a rematarla, y al taller también. Nos pusieron un termo de café y nos sacaron de la escuela, yo en tercer año y vos en quinto (que pudiste retomar y terminar luego). Fuimos a vender para comer, mientras la Vieja y el Viejo hacían en una parte de la casa de los abuelos paternos (que

antes se usaba como baño y depósito del taller) un par de espacios para dormir, con ladrillos huecos separando las camas y colocaban en el resto de ese galponcito una cocina e improvisaban una mesada. Las camas, la cocina, la heladera y la ropa fue lo único que nos quedó. Nos embargaron las cómodas, el placard, los instrumentos, la tele y todo lo que tuviera algo de valor y no fuera considerado esencial.

Allí, ya vencidos por un golpe económico previo a la dictadura que vendría, nos hacíamos y militamos todo lo que pudimos. Creo que teniendo en mente las dos huir cuanto antes de ese horrible hueco que la tierra nos había deparado. Yo más que vos. Como siempre, tu fuerza aparecía e iluminabas con tu risa el desastre en el que estábamos los cuatro. Junto a la sorpresa, no muy grata, por cierto, de los abuelos paternos, con quienes nunca habíamos tenido demasiado contacto. Al baño de ese ex taller me llevabas vos, era un espacio con inodoro y ducha, todo gris cemento y sin ningún tipo de revestimiento. No se habría limpiado en años y no sé por qué aún había muchas telarañas colgando. Presumo que papá ya estaba medio deprimido y que mamá trataba como podía de hacernos una comida decente mientras tejía. Y nosotras, que ya habíamos dejado de vender café en las calles, armábamos juguetes a porcentaje o vendíamos productos Avon.

No alcanzó que el nuevo propietario del taller (que ocupaba todo el terreno lindero a la casa) lo llamara al Viejo para emplearlo como obrero del balancín. No solo no alcanzó para alegrarlo, creo que fue peor. Estábamos un poquito más desahogados económicamente, pero la tristeza de tocar sus propias paredes hoy ajenas y trabajar una máquina que otrora habían comprado con el hermano no lo dejaba en paz a papá.

En ese paupérrimo sitio vivimos unos pocos años yo, y unos pocos más vos. Y ya me está costando de nuevo seguir. Hay mucho dolor, nena. Primero por vos, después por todo.

Mañana retomo.



*25 de noviembre de 2020*

Acaba de morir Diego Armando Maradona. En este año de mierda, pandémico, incierto, con mucha más hambre que hasta el año pasado justamente por este virus mutado que nos tiene a todos embarbujados y lejos del otro. Tu sobrino me llamó llorando y yo corrí a contártelo.

Estaba releendo lo que escribí ayer y para que nos entiendan los que lean esto, paso a describir mejor el lugar donde fuimos a parar después del embargo. Los viejos de papá tenían dos terrenos, en uno de los cuales construyeron adelante su casa. En el otro, los hermanos Pepe y Rolando (nuestro tío) construyeron su taller y tomaron también la parte de atrás de la casa de los viejos para comunicar directamente los dos espacios y para tener depósito y baño para los obreros.

Cuando nos echaron de la casa familiar nos fuimos a ese fondo de la casa paterna, y solo usábamos de la misma una pequeña salita que recuerdo que tenía pisos de madera y que hacía las veces de oficina del Viejo. Esa salita era la de las reuniones de la Fede, donde Juan Carlos, de Recursos, nos pasaba los informes que bajaban línea. Donde nosotras, fascinadas, recibíamos volantes para las villas y para las fábricas. Donde vos dijiste por primera vez “yo voy a militar donde estudio, en la universidad, para el Centro de Estudiantes, el CEITA de la UTN”. Esa universidad a la que después de haber cursado un par de materias simultáneamente en la UBA en Ciencias

Naturales decidiste abrazar. Me juraste que al terminar la carrera de Ingeniería Química te ibas al Sur, no me puedo acordar a qué lugar... (¿el Instituto Balseiro?) Era muy importante y exclusivo, pero no me puedo acordar ahora.

En la UTN necesitaban gente para trabajar en el bar del CEITA y en el mimeógrafo, así que yo, que aún no me casaba, me fui allí a laburar. Pocos meses, ya que nos conocimos con Jorge, compañero y estudiante de Ingeniería Química, híper brillante como vos, y al otro año ya me había casado. Allí vos te enamoraste de quien nunca sería tu marido, el flaco Yedrasiak. Un compañero alto como vos, o un poco más incluso, polaco, rubio, simpático e inteligentísimo, que además fue testigo de mi casorio. Un amigo del gordo que supimos albergar en nuestra casa cuando se puso de novio con una hija de un notorio evangelista y casi lo buscan con la Policía y la Gendarmería.

Tal vez por esa gran frustración te enganchaste con Hugo, otro compañero parecido al gordo mío. Y año y medio después te casarías vos. No nos vimos casi nada después de que yo dejé el CEITA, vos militabas muchísimo y estabas de novia y yo trataba de entender qué era eso de casarse a los 17 pirulos.

En esa circunstancia nos encontramos un día en casa de los viejos, donde vos vivirías incluso después de casada, aunque ya tenías el terrenito en Monte Grande que te había regalado mamá (que con las sobras de todo lo rematado compró dos lotes muy lejanos y en calles de tierra, uno en Monte Grande y otro en Florencio Varela) y donde ella creía que vos harías tu propia casa y ella la suya. Ese día yo te aparté de todos para contarte primero a vos, antes que a nadie, que estaba embarazada.

Tu respuesta fue acorde a tu sensibilidad, ¡te desmayaste! Ahí, en la puerta de casa. Tu hermanita menor, tan pequeña para vos, tan frágil como me veías, ¡esa niña estaba embarazada! Y esa niña, Graciela,

pudo ser madre porque vos le habías enseñado desde siempre cómo serlo, oficiando de segunda mamá y a veces de primera.

Mañana voy a volver un poco sobre nuestros años preadolescentes, el rock, la bici, mi grupo de amigos y todo eso con respecto a vos y tu realidad tan distinta. Y luego trataré de recordar, aunque sea por fotos, un par de cosas que hicimos juntas antes de tu propio casamiento, cuando ya tu sobrino tenía más o menos un mes de vida.

Es que aparecen cosas alteradas en cuanto a lo cronológico, es como si todo se mezclara. Maldigo no ser un *pendrive* (es un objeto donde se guardan cosas, como una memoria, pero virtual). Bueno, no más por hoy, día negro y encima lluvioso.

Te espero mañana, Gra.



*26 de noviembre de 2020*

Estoy viendo un micro escolar en miniatura que le regalaste a tu sobrino para cuando nació, todo un simbolismo aleccionador. Tenía ocho meses cuando te cegaron para siempre, pero no te olvidó. El “micrito” lo tuvo mucho tiempo él y un día decidió dejármelo a mí. No sé si para que me hagas más compañía o si para él era mucho peso emocional.

Este fue un año tremendo, muy duro por una pandemia y la falta de abrazos con los afectos. Tampoco es fácil para nadie entender este mundo donde un par de docenas de tipos tienen todo el poder del dinero y las enormes muchedumbres que somos los pueblos seguimos remando y viviendo mal. No se entiende si no se milita. Vos lo sabés muy bien. Muchos compañeros de aquella época y muchos hijos de los compañeros saben de qué lado de la vida están, pero no hacen nada para cambiarla ni siquiera en el pedacito de mundo que les toca, y yo lo entiendo perfectamente. Entre ver caer aquel mundo comunista del Este (ya no hay Unión Soviética) y haber padecido el terror a la dictadura, a salir de las casas, el miedo a las sombras y, en casos como el nuestro, las repetidas y repentinas mudanzas y cambios de colegio para los hijos porque la cosa se veía venir mal, todo eso los alejó, y de seguro grabó frustraciones y enconos en lo profundo. La dictadura hizo estragos que aún se observan.

Perdón por alejarme de tus recuerdos por un momento y volver a la realidad, pero ya está. Acá estoy, y una de las cosas que quería

recordar era la cercanía que tuvimos como dos parejas un breve tiempo: vos y Hugo por un lado y Jorge y yo por el otro. Mientras ustedes noviaban y nosotros aún no teníamos a Pablo fuimos a Campo de Mayo a ver al gordo, que hacía la colimba, y varias veces vinieron a visitarnos a aquella casita alquilada en Condarco y Cangallo y a jugar a las cartas y hablar de política. También pudimos estar juntos en Bariloche, ustedes de novios y nosotros de mieleros.

El día que te casaste quisiste hacerlo con un vestido de gasa violeta. Amo el color violeta. ¿Será por eso? En fin, ese vestido no existía, lo habías soñado vos, largo, sin cola, bien básico, tipo túnica. El problema era que nunca habías cosido. La Vieja te consiguió la gasa y la tela para el forro y entre ambas pusieron manos a la obra. Cuando te vi me asusté porque notaba que las terminaciones no solo no estaban diez puntos sino que se las veía frágiles. Pero vos insististe con terminarlo y usarlo. Y vaya que lo hiciste. Hasta que en medio del baile en la casa de los papás de Hugo, en el barrio de la Boca, el vestido empezó a abrirse y la gasa se fue deshilachando ocasionando una vez más tu risa y desprejuicio total. Eras hippie sin proponértelo, sin quererlo y sin experiencia previa. Cuando se necesitaba atar el pelo una tela casera a modo de vincha servía, y en cuanto a la moda o el maquillaje ¡ni siquiera eran cuestiones que supieras que existían!

Eras magia e ingenuidad, picardía e inocencia. Hippismo intelectual de primera. Eras vos. Solo vos, única, irreplicable, buena y sincera. Magistralmente Graciélita. Por eso no integraste mi grupo básico y barrial de amigotes de bicicletas y concursos de rock caseros. Por eso a veces me ibas a “vigilar” desde lejos para no intimidarme, pero para cuidarme igual en esos largos “asaltos” que a vos te importaban nada, y donde yo aprendía a besar larguito. Confieso hoy con vergüenza que me costaba explicarles a mis amigos tu ropa desaliñada, tu falta

de amoríos, tu interés solo por los libros. Pero esos años duraron tan poco como mi vergüenza.

Mañana empiezo, si puedo, la etapa más tremenda de este relato. Te abrazo, hermana.



*30 de noviembre de 2020*

Estoy tratando de seguir con este escrito, relato, documento... no sé cómo llamarlo. Me acaba de entrar un WhatsApp (otro invento que vino con la tecnología) pero no voy a atender el celular, que es un teléfono móvil. Un día te voy a contar todo lo que se inventó desde que no estás, ¡te va a maravillar! No lo vas a poder creer. O sí, vos sí. Decía que estoy tratando de seguir y voy a hacerlo hablando de tus últimos tiempos de vida, desde un año y pico antes, cuando fueron con los compañeros de la UTN a pintar las paredes de la Universidad por afuera por el boleto estudiantil, el ingreso irrestricto y el gobierno tripartito. Los llevaron a todos en cana. La Bonaerense, la maldita brigada Avellaneda-Lanús, maldita y temida por aquellos tiempos. Los fueron largando de a uno. Vos fuiste la última en salir. Cuando los viejos preguntaron el porqué, la respuesta fue “seguro que es la cabecilla, se niega a hablar”. Eso te pinta entera. Nada de hablar, de pedir perdón, de dar explicaciones, solo repetías “no estaba haciendo nada malo”. Y que si imperaba una ley por la cual no se podía expresar libremente nadie, vos no la acatarías porque iba en contra de la Constitución Nacional. Eso decías antes, dijiste en ese momento y dirías hasta el final-final. Una mezcla de ingenuidad y valentía marcó todos tus actos en tu corta vida.

Pasó un año y medio, y esos meses fueron muy especiales para vos, te ibas mostrando como una dirigente del Centro de Estudiantes

de la UTN muy preocupada y embebida en toda la problemática que la maldita “Misión Ivanissevich” ocultaba, ninguneaba y boicoteaba. Ibas aula por aula y te enfrascaste en discusiones con los matones que cuidaban al decano. Polo era el apellido de uno y el otro ahora no quiere venir a mi mente... (ya aparecerá). Apareció: Bronzzini.

Un día llegaron incluso a meterte en un aula vacía y a amenazarte de muerte si seguías militando. Esto lo contó el actual decano, que una vez habló muy claro ante la Liga Argentina por los Derechos del Hombre –y de unos cuantos medios de difusión, incluso de televisión, que no me dejan mentir– y que cuando lo citaron como testigo no pudo precisar bien sus recuerdos... Él entonces era adjunto de una cátedra y casi compañero tuyo. Lo vio todo. Habló con vos incluso. Pero, bueno, andá a saber qué miedos le vinieron, uno de los instigadores de tu secuestro sabe dónde vive él así que muy probablemente se haya asustado por su vida o por la de su familia. Aquí han desaparecido un par de testigos de todos los juicios por delitos de Lesa Humanidad que hemos podido llevar adelante. Y eso no es poca cosa. No lo culpo ni lo juzgo.

Los compañeros trataban de acompañarte a la salida hasta el colectivo que te dejaba enfrente de tu casa, la casa de los viejos, en Ferre 578, en nuestro Sarandí. Y eso mismo hicieron el 2 de octubre de 1975, ya instalada en el país la Triple A (Asociación Anticomunista Argentina). Y aunque había un gobierno democrático, en realidad José López Rega estaba ejerciendo el poder desde la oscuridad. Por otra parte, ya algunos jóvenes se habían organizado en milicias porque preveían un golpe de Estado y creían poder volver a la democracia peleando una guerra de guerrillas en nuestro suelo. Esto es algo que nunca creímos factible y lo criticamos por lo terrible que podría ser, no solo para esos novatos “guerrilleros” sino para todo aquel que luchara por un derecho, ya que le daba a las Fuerzas de

Seguridad la justa excusa que necesitaban y que efectivamente nos aniquilaría cuadros militantes de todos los partidos, especialmente del peronismo y del comunismo.

Y el 2 de octubre llegó y fuiste hasta la parada acompañada y bajaste como siempre enfrente de tu casa.

No puedo seguir.

Mañana lo intentaré.



6 de diciembre de 2020

Hoy, domingo, limpié un poco, por partes. Vivo sola pero la casa es bastante grande y sigo teniendo animales, como teníamos entonces, así que hago lo que puedo y como puedo.

Pasaron unos días, estuve juntando fuerzas y aquí estoy para empezar el final de esta historia, tu historia, que en realidad sigue, porque aún falta justicia y porque cada día alguien conoce de vos a través de tu busto y de tu nombre en la placita de Sarandí, por tus dos calles Graciela Pane, la de tu colegio y la de tu secuestro, por tu Gabinete de Computación en la UTN, tu Escuela N° 28 Graciela Pane, por la hermosa calle Mujeres Argentinas donde nuevamente un busto y tu nombre están presentes junto a otras tremendas mujeres nuestras, por la placa que recuerda a los compañeros desaparecidos y asesinados de tu Escuela Canadá (hoy Simón Bolívar) y por las muchas banderas y pancartas que llevan y llevarán tu nombre por siempre. Sin olvidar al emotivo paredón que está frente al Río de la Plata, en la Costanera Norte, y que nombra a todos los asesinados por la triple A y la dictadura, ni tu caso expuesto en la segunda parte del doloroso y necesario libro del *Nunca más*.

Pero volviendo a lo que no quisiera recordar y no vi, solo lo cuento tal como lo contaron los viejos, tu marido Hugo y los vecinos. Así pasaron las cosas...

Antes de que llegara tu colectivo a la esquina de Ferre al 500, donde bajabas y solo tenías que cruzar la calle en diagonal para estar

en tu casa, antes digo llegaron ellos, la misma mierda, los mercenarios criminales más sangrientos y violentos de entonces, que según la fiscal tenían vinculaciones estrechas o incluso pertenecían al maldito grupo de tareas de Aníbal Gordon, que “trabajó” para la Triple A desde el 73 hasta el 76.

Al llegar a la casa irrumpieron violentamente rompiendo la puerta de entrada y a los viejos los golpearon para saber de vos. Ni ellos ni Hugo dijeron una palabra. Sin embargo, se notaba que te iban a esperar. Algunos de ellos salieron a la puerta y te vieron bajar del colectivo. Gritaron, y todos los malnacidos fueron a correrte, vos corrías y perdías un zapato y tus cosas en la corrida. Tuviste tiempo para pararte a pedir auxilio, pero nadie te abrió ninguna puerta. No pasaron ni dos minutos que ya te habían alcanzado y de allí en más fue todo el horror posible que una familia podía llegar a imaginar. Te llevaron en un Falcon –había otro auto del que no recuerdo la marca–, necesitaron ser como siete u ocho tipos sanguinarios para pegarle a tres personas y secuestrar a una chica de 23 años y embarazada.

Enseguida nos llamaron. Yo dejé a Pablito, que tenía ocho meses, con Gloria, su madrina de mentirita, y en un *fitito* que creo que era rojo nos juntamos con los compañeros y empezamos a buscarte. A los viejos les pedimos que se resguardaran, pero fueron a un montón de comisarías y delegaciones municipales y provinciales. No dejamos nada sin recorrer, en algunos lugares casi que nos dejan detenidos a nosotros. Jorge estaba furioso, yo era una *zombi*. Así pasaríamos toda la noche del 2 al 3 de octubre, todo el día 3 y parte de su noche hasta que al mediodía del 4 de octubre nos enteramos de la aparición de tu cuerpo en los bosques de Ezeiza.

Se enteraron algunos antes que yo, bajaron del fitito a hablar por teléfono y se comunicaron con alguien que ya había sido informado. Hicieron desde la vereda una seña para que bajaran todos y a mí

me dijeron que me quedara allí un minuto. Estaban viendo de qué manera decírmelo. Creo que cuando volvieron al fitito yo ya estaba en llanto, en ese tipo de llanto que solo se sufre bajo ciertas circunstancias de impotencia, impunidad, salvajismo y horror.

Te velamos frente al cementerio, donde te conseguiríamos un sitio, un nicho, que aún hoy conservás. Yo llegué con alguien a mi lado, supongo que Jorge, no lo sé, y desde la calle vi avanzar a abrazarme llorando desconsoladamente a una de las chicas, Tere o su hermana, las que nos afiliaron. Yo me acerqué al cajón y vi tu piel quemada por cigarrillos. Alguien me dijo que eso era todo, que te habían matado de un tiro por la espalda. Me mintieron. Años después, sola frente al juzgado de Oyarbide, la fiscal me contaría que tu primera autopsia fue “perdida” y que se encontró después de muchas diligencias la segunda, donde se dice que tu vida se apagó en la mesa de torturas, y se ve que sin soltar un solo nombre de tus compañeros de la facultad, habida cuenta de que todos sobrevivieron. Tu cuerpo para el velorio fue “maquillado” lo mejor posible. Vino mucha gente y hubo mucha repercusión. Mamá se hizo de piedra, se endureció, se volvió otra madre, ya no volvería a reír como antes, ni a hacer repostería para nosotras, ni a jugar al carnaval con mi marido, ni a casi nada. No pudo llorar. Hasta su muerte, nunca pudo llorar la tuya. Solo se mantuvo viva por el nieto, y supongo que por mí. Sé que me quiso mucho pero también presiento que se le fue la primera hija, la más brillante, la más inteligente y la que más comunicación siempre tuvo con ella.

Papá no pudo. Apenas disfrutó un poquito al nieto y se enfermó. Él, que nunca había bebido ni fumado, el de la vida sana y el chiste fácil, se agarró un cáncer, hizo varias metástasis y terminó con su cuerpo un tiempo después.

Yo me aferré como pude a mi hijo y a mi marido, a mis estudios y a la vida, como podía. Para colmo de males, en unos meses vino

la dictadura y hasta el 83 no íbamos a poder iniciar ninguna causa penal por delitos de Lesa Humanidad. Tampoco con la democracia pudimos, ya que salieron las nefastas leyes de Punto Final y Obediencia Debida que nos frenaron nuevamente. Los *milicos* todavía tenían poder. Recién con Néstor Kirchner pude empezar a trajinar el cruel camino de la “justicia” de nuestro país. Pero eso, nena, te lo empiezo a contar luego.

Beso, Gra. Te quiero.



14 de diciembre de 2020

Han pasado ocho días sin escribirte, pero las urgencias cotidianas hay que atenderlas...

Luego de tu entierro en el cementerio de Avellaneda la Vieja quiso iniciar acciones y puso a un abogado del PC pero la cosa no prosperó. Ni siquiera le dieron los resultados de la autopsia porque, según ellos, se habían “perdido”. Yo en verdad estaba demasiado ocupada en salvarme y salvar a mi familia del apellido Pane. Eso y los miedos me alejaron de cualquier intento de hacer justicia en ese momento. Para cuando ya pude con el trauma y el terror, la dictadura se encargó de no dejarme averiguar nada. Con la llegada del gobierno democrático creímos que se iba a destrabar el tema, pero lamentablemente los *milicos* –aún fuertes– condicionaron al gobierno de Raúl Alfonsín. O Alfonsín “se acondicionó” a los milicos golpistas como para no derramar sangre, según sus propias palabras, y les otorgó las leyes de Punto Final y Obediencia Debida que impidieron los juicios por delitos de Lesa Humanidad. Sin embargo, los organismos de Derechos Humanos, con el *Nunca Más* (un libro en cuyo anexo estás) y el reconocimiento incesante de cuerpos a cargo de los Médicos Forenses Argentinos fue haciendo un colchón sobre el que primero se derogaron las leyes y luego se abrieron las causas y se empezó a juzgar a muchísimos terroristas de Estado y asesinos de la Triple A.

Nosotros, la Liga Argentina por los Derechos del Hombre y yo, cuando asumió Néstor Kirchner empezamos a reunir data para la fiscal del juzgado que nos tocó, el de Oyarbide. La verdad es que me fui quedando sola, son muchísimos los casos y además el tuyo es de muy pocos testigos. Pero la fiscal trabajó muchísimo y llegó a conseguir, desde la nada, tu autopsia (la segunda), tus movimientos previos, las notas encontradas de la CIA, de las diferentes Fuerzas de Seguridad del país, los hostigamientos a los que fuiste sometida en la UTN por Bronzzini y Polo y testimonios de compañeros tuyos acerca del clima general de época y del miedo a que te ocurriera algo completaron tu expediente. Un expediente importante con dos imputados muy señalados como matones al servicio del decano de entonces.

De ese expediente el juez del Juzgado N° 5 dictó la prisión de ambos imputados y fijó fecha para el juicio. Luego de esto, hubo una apelación por parte de Bronzzini y Polo y la Cámara en lo Criminal y Correccional dictaminó conceder la libertad a ambos y anular todo lo ejecutado hasta el momento porque consideró que la causa debió tramitarse en Lomas de Zamora, provincia de Buenos Aires, y ahí está hoy.

Hay que empezar de cero, nena, y lo íbamos a hacer con Claudio Yacoy, el secretario de Derechos Humanos de Avellaneda, pero vino esta maldita pandemia que también se lo llevó puesto a él. Temimos por su salud, pero se está recuperando, el proceso es lento y además el peligro no pasó aún y todo está muy demorado. Ojalá no me muera sin saber que algo se dijo y se hizo en la llamada “Justicia” de este país para con tu horrible asesinato. Ya igual no será justicia, han pasado 45 años. No queda casi nadie para seguir peleando y, aun ganando el caso, los probables involucrados o autores intelectuales ya estarán muertos de muerte natural.

En este punto estamos ahora mismo. Mañana tengo psicóloga y ella está dentro de un sitio especial donde nos atienden a los familia-

res de las víctimas. Allí hay además abogados, que tal vez pudieran ayudarme, en el supuesto caso de que el doctor Yacoy no pudiera hacerlo, pero tengo mucha fe y confianza en Claudio y espero me siga acompañando.

El Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) no me ayudó oportunamente y Horacio Verbitsky no consideró la posibilidad de hacerlo. Tal vez saturados por la cantidad de casos, no lo sé.

Sí me dieron su apoyo y contención emocional muchísimos peronistas compañeros, entre otros desde La Oesterheld, y la Municipalidad de Avellaneda, con el intendente Jorge Ferraresi a la cabeza.

Para llegar hasta acá además el Comité para la Defensa de la Salud, la Ética y los Derechos Humanos (CODESEDH), con Mónica Ghilardone, y el Instituto Ulloa, con Claudia Salatino y Mónica Ighy, me han ayudado y aún lo siguen haciendo con un soporte psicológico y psiquiátrico que no solo me permite hacer todo lo que hago por vos, hermana del alma, sino además vivir mi propia vida.

La próxima vez que me siente al teclado será para revisar lo escrito en la esperanza de haber logrado ilustrar tus manos delgadas con dedos de pianista, tus desordenados y ensortijados cabellos al viento siempre, tus aromas a jazmines y tulipanes cultivados en toscos jardines caseros, tus ojos llenos de letras, tus poemas llenos de dolor, tu risa llena de valentía, tu discurso preciso y de bajo perfil, tus pies en posición de V de baile y tu infinito amor de hermana, de hija, de esposa y de compañera de los tuyos. Esos a los que nunca abandonaste a su suerte.

Te extraño tanto, hermana, te quiero como siempre, y aquí está conmigo la ternura intacta que vos querías, que vos deseabas que conserváramos durante toda la vida.

Liliana Lucía Pane

